

ALFAGUARA



Paul Theroux

El Tao del viajero

Enseñanzas de vidas en la carretera

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

Prólogo: La importancia del otro lugar

De niño, cuando anhelaba marcharme muy lejos de casa, la imagen que tenía en mi cabeza era la de la escapada: mi menuda silueta partiendo a buen paso. En mi mente no aparecía la palabra «viaje», tampoco «transformación», mi perdurable deseo nunca expresado. Quería hallar una nueva personalidad en un escenario distante, y otras cosas diferentes que ocuparan mi tiempo. La importancia de ese otro lugar se convirtió en una cuestión de fe. Era el sitio en el que quería estar. Demasiado joven para partir, leía sobre esos lugares lejanos, y fantaseaba sobre mi libertad. Los libros fueron mi camino. Y luego, cuando tuve edad suficiente para marcharme, los caminos que recorrí se convirtieron en el tema obsesivo de mis propios libros. Con el tiempo, descubrí que los viajeros más entusiastas habían sido también lectores y escritores entusiastas. Y así es como este libro empezó a tomar forma.

Considero el deseo de viajar una cualidad intrínsecamente humana: las ganas de movimiento, para satisfacer tu curiosidad o apacentar tus temores; para cambiar tus circunstancias vitales y transformarte en un forastero; para hacer un amigo; para apreciar un paisaje exótico; para aventurarte en lo desconocido; o para dejar testimonio de las repercusiones, trágicas o cómicas, del narcisismo de las pequeñas diferencias que sugestionan a algunos. Chéjov dijo: «Si te asusta la soledad, no te cases». Y asimismo podría decirse: si te asusta la soledad, no viajes. Los libros sobre viajes muestran los efectos de la soledad, en ocasiones lamentables, las más de las veces enriquecedores, aquí y allá sorprendentemente espirituales.

Durante mi vida trotamundos, se me ha hecho con frecuencia la siguiente pregunta, tan exasperante como simplificadora: «¿Cuál es su libro de viajes favorito?». ¿Cómo responder a algo así? Me he pasado casi cincuenta años en ruta, y desde hace más de cuarenta escribo sobre esos viajes. Uno de los primeros libros que mi padre me leyó para dormirme fue *Donn Fendler: Lost on a Mountain in Maine*. Este relato supuestamente verídico de la década de los treinta está protagonizado por un niño de doce años que sobrevivió ocho días solo en el monte Katahdin. Donn lo pasó mal, pero consiguió salir vivo de los bosques de Maine. El libro me enseñó unas cuantas tácticas de supervivencia en un medio salvaje, como la muy básica: «Al seguir un río o un arroyo, hazlo siempre en la dirección del agua». Desde entonces he leído muchos libros de viajes, y he cubierto travesías por todos los continentes exceptuando la Antártida, de las que he dejado constancia en ocho libros y cientos de reportajes. Pensar en el pequeño Donn saliendo sano y salvo de esas cumbres siempre ha sido una fuente de inspiración para mí.

La literatura viajera es la más antigua del mundo; el relato que el nómada comparte con la gente convocada alrededor del fuego tras su regreso. «Esto es lo que vi»: noticias del mundo exterior, con lo raro, lo extraño o lo chocante, y con cuentos sobre bestias u otras gentes. «¡Son iguales que nosotros!» o «¡No se nos parecen en nada!». El relato del viajero está en la esencia del reportaje. Y en el origen de la ficción narrativa, puesto que el viajero animaba a una audiencia somnolienta con detalles inventados que adornaban sus vicisitudes. Así se escribió la primera novela en inglés. Daniel Defoe basó *Robinson Crusoe* en las vivencias del naufrago Alexander Selkirk, aunque amplificó la anécdota, y así los cuatro años y medio que Selkirk pasó en una isla perdida del Pacífico se transformaron en veintiocho en una isla del Caribe, y aparecieron

Viernes y los caníbales, y también una buena dosis de exotismo tropical.

La intención del cuentacuentos es mantener el brillo en los ojos del público con un relato fascinante. Mi idealizada visión del escritor de viajes se corresponde con lo que declama el fantasma del padre de Hamlet en estas líneas del comienzo de la obra:

Podría contarte una historia cuya palabra más ligera devastaría tu alma, helaría tu sangre joven y haría que los ojos se te saltaran de las órbitas como estrellas, y tus rizos se anudarían y desanudarían, y cada uno de tus cabellos se pondría de punta.

No obstante, la mayor parte de estos relatos resultan anecdóticos, divertidos, instructivos, grotescos, presuntuosos, paródicamente heroicos, espeluznantes (en ocasiones) o son avisos a curiosos, cuando no patean caminos trillados sin ofrecer nada insólito. En el mejor de los casos, presentan el viaje en su faceta más humana.

En el curso de mi vida itinerante, el viaje ha cambiado, no sólo en cuanto a la velocidad y la eficiencia, sino también por las alteraciones en las circunstancias del mundo, ahora interconectado y conocido prácticamente en su totalidad. La presunción omnisciente generada por Internet ha hecho creer arrogantemente que, a la hora de viajar, el esfuerzo físico es superfluo. Y, sin embargo, existen muchas partes del mundo tan ignotas como atractivas. Yo aún conocí la época en que algunas zonas le ofrecían al viajero la misma sensación de primicia que experimentaron Colón o Crusoe.

Como un adulto que ha viajado solo por lugares aislados y remotos, he aprendido mucho sobre el mundo y sobre mí mismo: la extrañeza, la dicha, la liberación y la verdad del viaje, el modo en que la soledad —una prueba muy dura en casa— es la condición del viajero.

Pero en el viaje, como dejó dicho Philip Larkin en su poema «La importancia del otro lugar», lo extraño cobra sentido.

Viajar en sueños, según Freud, simbolizaba la muerte. El tránsito —un tanteo en lo desconocido— puede ser arriesgado, hasta fatal, fue la conclusión natural a la que llegó el psiquiatra austriaco, puesto que él, según su propio diagnóstico, sufría de *Reiseangst*, «ansiedad frente al viaje». Freud tenía tal pavor a perder el tren que se presentaba en las estaciones con dos horas de antelación, y cuando la máquina aparecía por el andén, solía entrar en pánico. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis* dejó dicho: «En los sueños el morir se sustituye por la marcha, por un viaje en tren».

No puedo decir que yo haya experimentado lo mismo: asocio mis travesías más felices con estar sentado en un tren. Algún trayecto más que una prueba es una molestia, pero el viaje siempre desafía a la mente, e incluso cuando se pasan más dificultades, puede ser alumbrador.

La dicha del viaje, y de leer sobre el tema, constituye el meollo de esta antología... con un hueco tal vez para la amargura también —aunque hasta las penurias recordadas pueden suscitar una nostalgia lírica—. Mientras releía algunos de los libros citados aquí, me hacía cargo de sus anacronismos y de la importancia de su valor histórico-documental: los dramas y también el romanticismo de un tiempo pretérito. Y, sin embargo, la vieja novedad del viaje se clausuró hace bien poco...

Este libro de hallazgos, una destilación de las visiones y los goces de los viajeros, con observaciones propias y ajenas, se apoya en muchas décadas de lecturas de libros de viajes y de excursiones por el mundo. También se pretende que sea una guía, un manual, una miscelánea, un vademécum, una lista de lecturas, una reminiscencia... Y debido a que el concepto de viaje sirve a menudo como

metáfora de la vida, muchos viajeros, al proponer una sencilla definición de la travesía, han escrito algo accidentalmente filosófico, o incluso metafísico. Siguiendo el dicho de Buda, «No puedes transitar el camino hasta haberte convertido tú mismo en la senda». Espero que esta antología muestre, entretanto habla de viajes, modos diferentes de vivir y de pensar.

1. Una síntesis del viaje

La necesidad de moverse

Te sobreviene una absoluta necesidad de moverte. Y, aún más, de ponerte en marcha en una dirección determinada. Una doble necesidad por lo tanto: moverte y saber adónde.

D. H. Lawrence, *El mar y Cerdeña* (1921)

La nostalgia del hogar es un sentimiento del que muchos saben y se quejan; yo, por el contrario, sufro de un dolor menos conocido, y su nombre es «nostalgia del afuera». Cuando la nieve se derrite, las cigüeñas llegan y los primeros barcos de vapor zarpan, me asalta la punzante comezón de partir.

Hans Christian Andersen, carta de 1856, incluida en *Hans Christian Andersen*, de Jens Andersen (2005)

El camino es vida

Nuestras maltratadas maletas se amontonaban sobre la acera de nuevo; nos quedaban largos caminos por recorrer. Pero no importa, el camino es vida.

Jack Kerouac, *En el camino* (1958)

Lanzar la mirada desde la llanura rocosa a la carretera que queda detrás, y que le ha conducido a uno hasta ese sitio, no es lo mismo que andar por esa misma carretera; la perspectiva, para empezar, sólo cam-

bia mientras uno se desplaza; sólo cuando la carretera ha virado, descendido o ascendido, repentina y traicioneramente, y con una rotundidad que no admite réplica, uno es capaz de ver todo lo que sería invisible desde cualquier otro punto.

James Baldwin, *Ve y dilo en la montaña* (1953)

Te marchas por una larga temporada y retornas siendo otra persona: uno nunca completa del todo el camino de vuelta.

El safari de la estrella negra

Una parte dolorosa del viaje, la más emotiva para mí en muchos sentidos, es el espectáculo de la gente que sigue con sus vidas ordinarias: en especial personas en el trabajo o con sus familias; o las que visten uniforme, cargan con su equipo, compran la comida o pagan facturas.

Las columnas de Hércules

El viaje es un estado mental. No tiene nada que ver con lo existencial o lo exótico. Supone casi en su totalidad una experiencia interior.

Fresh Air Fiend

El ensueño exótico, no siempre extravagante, es un anhelo de lo que nos falta, de lo que ansiamos. Y en el mundo de lo exótico, que siempre es uno viejo poblado por jóvenes o por personas sin edad, el tiempo permanece inmóvil.

Sunrise with Seamonsters

A veces lo propio del viaje es convertirse en su opuesto: giras y giras, y frenas en seco en mitad de ninguna parte. Más que tomar una decisión consciente, simplemente dejas de girar.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Aparte de otras cosas, el viaje también supone una ocasión para soñar y recordar. Te sientas en un paraje desconocido y acuden a ti todas esas personas que te han tratado mal. Tienes pesadillas en camas ajenas. Recuerdas episodios en los que no habías pensado en años y que, de no haber sido por el estrépito de la calle o el fuerte olor a jazmines, tal vez habrías olvidado.

Fresh Air Fiend

Porque el viaje es a menudo un placer triste, con un elemento masoquista, la llegada a lugares lóbregos y pintorescamente atroces supone uno de los gozos del viajero.

Las columnas de Hércules

En los viajes, como en otras muchas experiencias de la vida, suele bastar con la primera vez.

Las columnas de Hércules

En los viajes, encuentras a personas que tratan de aferrarse a ti, que te tutelan como unos padres y que te critican. Otro de los placeres de la vida itinerante es poder darte la vuelta y marcharte sin ofrecer ninguna explicación.

The Kingdom by the Sea

El viaje es fuga y búsqueda a partes iguales.

El gran bazar del ferrocarril

Todo viaje es circular [...] Después de todo, un *grand tour* no es más que la manera de regresar a casa del hombre de genio.

El gran bazar del ferrocarril

Es casi ya un axioma: en cuanto un sitio se gana la reputación de paradisiaco, se va al diablo.

Las islas felices de Oceanía

Nunca nadie ha descrito el lugar al que acabo de llegar: ésta es la emoción que me impulsa a viajar. Y una de las mejores razones para ir a cualquier lado.

Las columnas de Hércules

Entre las razones ocultas para viajar, una de las principales tal vez sea encontrar escenarios que valgan de ejemplo para los que albergaron nuestras mayores alegrías. La búsqueda de versiones idealizadas del hogar: en realidad, la búsqueda del recuerdo perfecto.

Fresh Air Fiend

Cuando algún desconocido me preguntaba adónde me dirigía, a menudo contestaba: «A ninguna parte». La inconcreción puede convertirse en una costumbre, y el viaje en una forma de ociosidad.

El viejo Expreso de la Patagonia

El viaje mantiene la mágica promesa de la reinención: que accedas al lugar de tu preferencia, para comenzar una nueva vida y no regresar nunca.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Uno de los engaños más felices y útiles sobre el viaje es que uno se encuentra en pos de algo.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Había llegado al Bajo Egipto y me dirigía al sur con mi habitual ánimo viajero: a la espera de lo pintoresco, anticipando penurias y preparado para cualquier desastre. La felicidad estaba descartada, pues aunque deseable, en los viajes es un tema baladí; por todo ello, África parecía el lugar perfecto para una larga travesía.

El safari de la estrella negra

La invención viajera coincide con la idea de Jorge Luis Borges sobre que «todo sucede por primera vez» en nuestros encuentros con el mundo, que tan bellamente recorre su poema «La dicha». Al igual que «el que abraza a una mujer es Adán», y «el que prende un fósforo en lo oscuro está inventando el fuego», quienquiera que aviste la esfinge la estrena con su mirada: «En el desierto vi la joven esfinge, que acaban de labrar [...] Todo ocurre por primera vez, pero de un modo eterno».

El safari de la estrella negra

Viajar es uno de los placeres más tristes de la vida.
Madame de Staël, *Corinne o Italia* (1807)

Dos paradojas del viaje

No deja de ser una reacción curiosa, la de esta nostalgia del hogar. Se corresponde con un rasgo nacional estadounidense, tan innato en nosotros como la montaña rusa o la máquina de discos. No se reduce a una añoranza del sitio que nos vio nacer. La emoción es bifronte como Jano: estamos escindidos entre la nostalgia de lo familiar y una pulsión hacia lo extranjero y extraño. La mitad de las veces, nos embarga la nostalgia por sitios en los que nunca hemos estado.

Carson McCullers, «Look Homeward, Americans»,
Vogue (1940)

En mayor o menor grado, dos fuerzas libran una batalla dentro de cada persona: el anhelo de intimidad y la pulsión de ir a otros lugares. Por un lado, la introversión, esto es, un interés dirigido hacia el interior de uno, hacia la vida introspectiva, con pensa-

mientos y fantasías de gran arraigo; y por otro, la extroversión, un interés enfocado hacia fuera, hacia el mundo exterior de gente y valores tangibles.

Vladimir Nabokov, *Lecciones de literatura rusa*
(1981)

El viaje solitario

Viajeros solitarios: ningún hombre aletargado o sordo es apto para viajar sin compañía. Ha de destacarse la regularidad con que las cualidades de la vigilia y la atención proporcionan una correcta perspectiva.

Sir Francis Galton, *The Art of Travel* (1855)

El viaje alcanza su máxima expresión en soledad: para ver, examinar y valorar, tienes que estar solo y a tu aire. Otras personas pueden confundirte: solaparán tus impresiones peregrinas con las tuyas; si son una buena compañía obstruirán la vista, y si son aburridas corromperán el silencio con banalidades, haciendo trizas tu concentración con frases del tipo: «Oh, mira, está lloviendo» y «Cuántos árboles tienen aquí».

Es complicado ver con claridad o pensar atinadamente en compañía de otras personas. La lucidez que proporciona la soledad es un requisito indispensable para capturar esa estampa que, aunque banal, en privado se revela especial y digna de interés.

El viejo Expreso de la Patagonia

En el viaje perfecto, la desconexión se vuelve una necesidad. Concéntrate en dónde estás; olvida los asuntos que dejaste pendientes; no aceptes encargos; permanece incomunicado; desaparece del mapa. Es bueno

que la gente no sepa tu ubicación ni cómo dar contigo. No olvides el país en el que estás. Ésa es la teoría.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

El viaje es un truco de desaparición: un viaje solitario por una línea de geografía que se adelgaza hasta el olvido.

El viejo Expreso de la Patagonia

Lo que se busca precisamente al viajar es llegar solo, como un espectro, a un país extraño mientras cae la noche, lejos de los resplandores de la capital, y entrar por la puerta de atrás, a cientos de kilómetros de la metrópolis, entre campos y bosques, donde la gente no acostumbraba a ver extranjeros, es hospitalaria y no te ve como un modo fácil de sacar dinero. Las campañas al interior con un plan reducido al mínimo constituyen algo liberador. Pueden ser la solemne antesala del descubrimiento, o si no una suerte de merodeo irresponsable y azaroso por otro planeta.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

En los mejores libros de viajes, la palabra *solo* está implícita en las páginas más estimulantes, tan sutil e indeleble como una filigrana. La vana ilusión que trae esto, la idea de que uno será capaz de dejar una memoria del viaje —porque había partido con la intención de escribir un libro, ¿no?—, compensaba cualquier inconveniencia. Solo, solo: era como la prueba de mi éxito. Había tenido que viajar muy lejos para llegar a esa condición solitaria.

El viejo Expreso de la Patagonia

Entre los habitantes de las islas del Pacífico, el concepto de soledad implicaba siempre aflicción o declive mental. Los isleños apenas se entregaban a la lectu-

ra para disfrutar de sus momentos de ocio, justamente porque era una actividad solitaria. El analfabetismo no tenía nada que ver con esto, y además había escuelas más que suficientes. Los isleños sabían por experiencia propia que una persona que se descuelga, a la que se observa a menudo sola —leyendo libros lejos de su cabaña, caminando por la playa sin compañía—, ha caído en el MUSU, un estado de profunda melancolía, y contempla el asesinato o el suicidio, o posiblemente ambas opciones.

Las islas felices de Oceanía

Los viajeros son como mujeres maduras, unas bellezas hogareñas: la tierra extraña flirtea y luego deja al forastero en la estacada y avergonzado. Nadie querría verse en la piel de un forastero un domingo.

World's End

El anonimato en el viaje

Los días en que no le dirigía la palabra a nadie me sentía como si hubiera perdido quince kilos, y, si pasaban dos días sin ningún intercambio verbal, eso era un aviso de mi pronta desaparición. El silencio me hacía sentir invisible. Sin embargo, ser anónimo y viajar por un sitio interesante causa embriaguez.

The Kingdom by the Sea

La invisibilidad, la condición normal del viajero maduro, es mucho más útil que la notoriedad.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

La transitoriedad del viaje a menudo intensifica la amistad y la torna íntima. Pero eso es fatal para quien se dispone a tomar un tren. Podía manejar a los extra-

ños, pero los amigos requerían atención y me hacían sentir demasiado visible. Era más fácil viajar solo de forma anónima, retorciéndome el bigote, chupando la pipa y soltando amarras al amanecer.

El viejo Expreso de la Patagonia

Las falsas ilusiones del viajero

Una falsa ilusión del viajero es que se encamina a lo desconocido. El mejor viaje es un salto en el vacío. Si al otro lado hubiera un destino familiar y agradable, ¿qué sentido tendría ir hasta allí?

El safari de la estrella negra

Otra falsa ilusión del viajero es que la barbarie es singular y extranjera, propia de lugares recónditos, cerriles y provincianos. El viajero marcha a ese rincón remoto y parece confirmar sus expectativas: ante él tiene un ejemplo de las peores atrocidades que pueda perpetrar un gobierno sanguinario. Y luego, para su vergüenza, cae en la cuenta de que su propio gobierno defiende y aplica con toda diligencia medidas exactamente iguales. Los hipócritas que parecen ciegos ante los asesinatos de masas que se cometen anualmente sólo han de mirar hacia Camboya, Ruanda, Darfur, el Tíbet, Birmania... La proclama más cierta no es «Nunca más», sino «Una y otra vez».

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Y otra falsa ilusión del viajero es que nadie verá lo que él; su viaje desmantela el paisaje, y su versión de los hechos es lo único relevante. Sin duda, no hace otra cosa que engañarse, pero si no lo hiciera un poco nunca habría partido hacia ningún sitio.

The Kingdom by the Sea

Extraños en el viaje

El viaje implica vivir entre extraños, con sus olores característicos y sus perfumes acres, y comer su comida, escuchar sus dramas y tolerar sus opiniones, a menudo sin una lengua común, y siempre en movimiento hacia otro destino incierto, creando un itinerario que no cesa de cambiar, durmiendo solo e improvisando el rumbo.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

La mayoría de los viajes, ciertamente los más satisfactorios, nos obligan a depender de la amabilidad de los extraños, poniéndonos en manos de gente a la que no conocemos y a la que confiamos nuestras vidas.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Ciudades y viaje

Una trampa de las largas travesías es la tendencia del viajero a reducir una gran ciudad a miniatura, no por malicia o frivolidad, sino buscando su propia paz de espíritu.

En el Gallo de Hierro

Mi ideal de viaje es algo tan simple como llegar y dirigirme al monte, porque la mayoría de las grandes ciudades son nidos de víboras. En el monte siempre encuentras un sitio para clavar tu tienda.

Fresh Air Fiend

Las grandes ciudades, como destino, con sus hitos amurallados, apenas tienen otra cosa que su monumental aire de finalidad suspirándole al viajero «Has llegado».

Las columnas de Hércules

«Atenas es una ciudad de cuatro horas», dijo un hombre, refiriéndose a que en ese tiempo uno podía ver la ciudad en su totalidad. Esa tasación por horas me parece útil para calibrar las ciudades.

Las columnas de Hércules

Aventura

El viaje aventurero parece implicar un destino remoto y, no obstante, a veces lo cercano guarda un mayor potencial terrorífico, pues nada asusta más que un sitio próximo contra el que nos ha prevenido la gente en que confiamos.

Fresh Air Fiend

Mi tipo favorito de viaje contiene siempre un cierto grado de asalto. El riesgo es tanto un desafío como una invitación. Vender aventura parece ser el gancho de la industria turística, y los viajes se han convertido en trofeos.

Fresh Air Fiend

Viaje y optimismo

Era la manera de ver mundo de los pobres: plantarse en la costa y otear el océano. Pensaba que todos los viajeros son unos optimistas. El viaje en sí es una suerte de optimismo en acción.

The Kingdom by the Sea

El viaje, el mero desplazamiento, ha de sugerir esperanza. La depresión es el sillón y unos ojos indiferentes y helados. Creo que los viajeros son en esencia unos optimistas, pues en caso contrario no irían a ningún sitio.

Fresh Air Fiend

El viaje satisface más cuando deja de girar en torno a un destino concreto y empieza a ser una parte indisoluble de tu vida.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Viaje y tradición

Los pueblos soportan mejor la miseria que las ciudades, y la pobreza rural puede parecernos, de un modo perverso, casi algo pintoresco.

Las columnas de Hércules

Todos los lugares, sin importar la ubicación o el nombre, merecen ser visitados. Pero los menos transitados, allí donde la gente seguía viviendo del modo tradicional, me parecían los más interesantes, pues eran los más coherentes: permitían hacer una lectura y casi siempre me elevaban el ánimo.

Las columnas de Hércules

Mientras uno viaja, es importante observar los ritos locales, no tanto por su santidad (dudosa), sino porque los gestos desvelan la interioridad de los actores y el sutil protocolo que éstos siguen.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Viaje y política

Todo país que instale más de una estatua del mismo político vivo va camino de meterse en jaleos.

Las columnas de Hércules

En los países donde los políticos corruptos visten trajes mil rayas, los mejores van con el culo al aire.

El safari de la estrella negra

Las rutas turísticas convienen a las dictaduras: China seguramente no es más que eso, políticamente hablando. El turista llega, ve los monumentos, y cuando lo ha visto todo, se marcha. El no-turista se queda atrás, sorteando los museos, formula preguntas incómodas, inyecta en la gente la inquietud y la desazón, y tiene que ser deportado.

En el Gallo de Hierro

Viajes y porno

No tenía la menor duda: la pornografía de un país permitía vislumbrar su subconsciente, y revelaba su vida interior, las fantasías, las culpas y las pasiones, incluso el modo de criar a los hijos, por no hablar de la vida matrimonial y los rituales de cortejo. No era toda la verdad, pero contenía muchas claves y aún más advertencias, especialmente sobre los hombres.

Las columnas de Hércules

El paisaje del viaje

Un paisaje cobra otro aspecto cuando sabes el nombre de las cosas y, al revés, puede parecer extremadamente inhóspito y ajeno si se mantiene anónimo.

Fresh Air Fiend

Es muy raro percibir el silencio en un entorno natural. Para empezar, uno ha de contar con el viento. Y luego con el susurro de los árboles y la hierba, el zumbido de los insectos, el graznido de los pájaros, el silbido de los murciélagos... Junto al mar, el silencio —el verdadero silencio— casi nunca se da. Pero en mi último día en las islas Roca de Palaos, no se oía

siquiera el chapoteo del agua. El aire estaba quieto. Los insectos y pájaros estaban completamente mudos. Muy arriba, los zorros voladores batían sus alas en un silencio absoluto. Tanta sencillez causaba maravilla: el mundo como una habitación enorme.

Fresh Air Fiend

África, en apariencia incompleta y desocupada, invita a que los viajeros se forjen sus mitos personales y sus fantasías expiatorias y redentoras: unos melodramas sobre el sufrimiento y la resistencia, donde pueden sellar heridas, alimentar a los hambrientos, cuidar de los refugiados, cubrir largas jornadas en caros Land Rovers, recrear estereotipos, e incluso representar una completa cosmología de la creación y la destrucción. Por todo esto, numerosos visitantes no ven África como cincuenta y tres países diferentes, sino como un único paisaje turbulento.

El safari de la estrella negra

Nada más cercano a la composición de una novela que atravesar un paisaje desconocido.

Sunrise with Seamonsters

El viaje como pérdida de tiempo

El viaje es un limbo. Nuestras primeras travesías nos descubren ya lo indiferenciado de los lugares. En casa sueño que en Nápoles o en Roma puedo embriagarme de belleza y arrumbar la tristeza. Empaco las cosas en el baúl, abrazo a los amigos, zarpo mar adentro y por fin me despierto en Nápoles... y a mi lado perdura la terca realidad: ese triste ser, incesante e idéntico, del que hui. Busco en el Vaticano, en los palacios... Finjo que me aturdo con los monumentos y las sugerentes

cias, pero no estoy aturdido. Mi gigante me sigue allá donde vaya.

Ralph Waldo Emerson, «Autosuficiencia» (1841)

Ahora lo tengo claro. El viaje en su conjunto es un timo. Los viajes no te amplían; te vuelven sofisticado, «a la última», una víctima de la superficialidad con la expresión estúpida de un miembro del jurado en un concurso de belleza.

Con la cara de un arribista también. No vale ya la pena. Uno puede encontrar igualmente su propia verdad contemplando cuarenta y ocho horas seguidas un viejo tapiz.

Henri Michaux, *Ecuador* (1970)

El viaje, en verdad, le dio la impresión de ser una pérdida de tiempo, puesto que pensaba que la imaginación era capaz de proporcionar un sustituto más que adecuado a la vulgar realidad de la experiencia veraz [...] No hay duda, por ejemplo, de que cualquiera puede acometer largas expediciones descubridoras sin moverse del fuego, asistido, en caso de necesidad, si posee una mente perezosa o refractaria, por un libro que describa viajes a tierras distantes.

El duque Jean Floressas des Esseintes,
en *A contrapelo*, de J.-K. Huysmans (1884)

Se nos tiene a los viajeros por gente atrevida, y llamamos nuestra culpa: el viaje es uno de los mejores modos de pasar perezosamente el tiempo. Más que un mero gandulear, se trata de una elaborada evasión vagabunda, que nos permite llamar la atención sobre nosotros con nuestra conspicua ausencia mientras fisgoneamos en la intimidad de otras personas, tan activamente al ataque como unos gorriones en plena fuga.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente